



REVISTA DE LIBROS

## Artículo

### **La Consciencia de un Paleo-conservador**

*Reflexiones en torno al libro de Paul Edward Gottfried: Fascism. The Career of a Concept, DeKalb, IL, Northern Illinois University Press, 2016.*

***Boris Matías Grinchpun***

*Universidad de Buenos Aires - Instituto de Historia  
Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*

*matiasgrinchpun@gmail.com*

*Fecha de recepción: 24/11/2017*

*Fecha de aprobación: 04/12/2017*

**S**i el fascismo no existiera, habría que inventarlo. Con esto no se pretende lanzar un pronóstico sombrío sobre la “rama torcida” de la Humanidad, necesitada de una mano de hierro que la enderece, ni tampoco se quiere sugerir que el surgimiento del régimen de Benito Mussolini y sus émulos en la Europa de Entreguerras haya tenido algo de inevitable. Antes que de un juicio histórico, se trata de una apreciación conceptual: el término se ha vuelto tan recurrente en ámbitos de lo más disímiles, desde el periodismo y el debate público hasta conversaciones más informales y cotidianas, que resulta ineludible preguntarse si alguna otra palabra lograría sustituirlo. Este uso extendido podría explicarse, en principio, por el hecho de que el fascismo (o, más genéricamente, “lo fascista”) se ha convertido en una sinécdoque de regresión, poder desmedido, violencia y militarismo. Caracterización a la cual la historia y

la historiografía han añadido una tortuosa pero firme ligazón con el nazismo, por lo que esta ideología quedaría adicionalmente asociada con el racismo, el antisemitismo y el Holocausto. Estos rasgos le han conferido a la palabra virtudes casi alquímicas: al tiempo que permite definir de forma rápida, cómoda y taxativa a un objeto de crítica o adversario circunstancial, posee la cualidad de transmutar al afectado, al menos temporalmente, en un paria. Combinado con la tendencia de ciertas discusiones a degenerar en comparaciones de lo más estrambóticas con el nacionalsocialismo, popularmente conocida como *reductio ad Hitlerum*, el concepto se habría convertido en un dispositivo formidable para clausurar cualquier intercambio de ideas e inaugurar un lanzamiento multidireccional de epítetos y estereotipos. Después de todo, ¿cómo resistirse a una fórmula que ahorra el empantanamiento en los matices y mancha aquello que se denosta con el estigma de lo “políticamente incorrecto”?

El concepto puede operar de esta forma en tanto existiría un consenso (ciertamente justificado) en torno de su peligrosidad, erigido a lo largo de décadas por las ciencias sociales y las humanidades, fuera su orientación conservadora, liberal o marxista. Hasta podría pensarse que, siendo compartido por una porción mayoritaria de las sociedades contemporáneas, este anatema explicaría el abuso de la categoría, arrojada indiscriminadamente de un extremo al otro del espectro político. En los más variados escenarios y latitudes, progresistas y tradicionalistas, derechas e izquierdas han sido catalogados, con mayor o menor fortuna, bajo esta etiqueta. El uso del término habría devenido incluso una marca de identidad, como ha sucedido con el heterogéneo conjunto de grupos opuestos a los ultranacionalismos y el supremacismo blanco bautizados en Estados Unidos simplemente como “antifas”<sup>1</sup>. Argentina no sería ajena a estas dinámicas: pasando por alto a los detractores más fanáticos de los diferentes gobiernos, a los que sin dudarlo han tildado de “fascistas” y comparado con las más terribles dictaduras del siglo XX, podría señalarse una vaga corriente de pensamiento (o, si se prefiere, estructura de sentimiento) que halla en esa ideología una expresión cruelmente honesta del “ser nacional”. Es lo que podría rastrearse en algunas

---

1 Apuntes sobre los “Antifa” y la “Alt-left” pueden hallarse en Beinart, Peter: “The Rise of Antifa”, en *The Atlantic*, Septiembre de 2017, disponible en <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2017/09/the-rise-of-the-violent-left/534192/> (revisado el 15/11/2017) y Gitlin, Todd: “Who's Afraid of Antifa?”, en *The New York Times*, 28/08/2017, disponible en <https://www.nytimes.com/2017/08/28/opinion/antifa-trump-charlottesville.html> (revisado el 15/11/2017).

de las “mitomanías argentinas” reunidas por Alejandro Grimson, las cuales versan sobre la íntima relación del país con “lo nazi”<sup>2</sup>, o en aquellos trabajos que encuentran en la supresión del disenso y la erradicación de minorías y opositores, sean religiosos o políticos, un proceso de larga duración que se habría iniciado con la organización del Estado nacional y que habría llegado a un paroxismo a partir de 1976<sup>3</sup>.

Es justamente frente a esta situación de confusión semántica y promiscuidad nominativa que ha reaccionado Paul E. Gottfried con su libro *Fascism. The Career of a Concept*, cuya intención declarada es repasar la historia del término para evaluar los usos que recibió a lo largo del tiempo y, ante todo, poner coto a los abusos con que fue y es empleado. Para ello, recupera las aproximaciones realizadas por autores clásicos como Theodor Adorno y Hannah Arendt junto con los aportes de académicos como Roger Griffin, Stanley G. Payne y A. James Gregor. Entre la extensa cohorte que releva, Gottfried destaca especialmente las contribuciones del historiador Ernst Nolte, quien “descolla en lo que los alemanes llaman *Anschauung*. Su aprehensión intuitiva de la naturaleza del fascismo es su principal fortaleza” (p. 13)<sup>4</sup>. Más que una historia conceptual, como podría pensarse en un primer momento, lo que se presenta aquí es una historiografía, en tanto el análisis de los contenidos del término “fascismo” y sus variaciones con el correr de los años cede el lugar a una recopilación crítica de los esfuerzos interpretativos realizados principalmente por intelectuales y especialistas durante la segunda mitad del siglo XX.

La obra es, sin lugar a dudas, muy erudita, en tanto cita una amplia gama de textos y presenta reparos puntuales a los planteos teóricos, las argumentaciones y las conclusiones contenidos en cada uno. No obstante, no puede decirse que sea un estudio exhaustivo. Ciertamente, sería exagerado esperar otra cosa, ya que un recorrido minucioso por la voluminosa biblioteca dedicada al fascismo, o uno más parcial amparado en un criterio tan arbitrario como

---

2 Grimson, Alejandro: *Mitomanías Argentinas. Cómo hablamos de nosotros mismos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

3 Un ejemplo paradigmático de esta tendencia podría hallarse en la última edición Romero, José Luis: *Las Ideas Políticas en Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1975. Más recientemente, esta tesis fue retomada y ampliada por Federico Finchelstein en *La Argentina Fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008 y *Orígenes Ideológicos de la “Guerra Sucia”. Fascismo, populismo y dictadura en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2016.

4 Las traducciones del inglés son mías.

“lo principal”, daría lugar a un manuscrito que excedería por mucho las doscientas páginas de *Fascism*. Sin embargo, podría vislumbrarse en las omisiones algo más que una cuestión de extensión. Por un lado, el autor parecería privilegiar aquellos enfoques provenientes de los medios británicos, estadounidenses y alemanes. A pesar de afirmar que el fenómeno habría estado estrechamente asociado con la “Europa Latina”, les dedica una atención mucho menor a los abordajes realizados en Francia, Italia y España: así, figuras tan relevantes como Enzo Traverso, Pierre Milza, Giordano Guerri o Pierre-André Taguieff no son siquiera mencionadas<sup>5</sup>. Pero esta lectura geográfica resulta un tanto imprecisa, ya que se alude *in extenso* al israelí francófono Zeev Sternhell y a autores italianos como Renzo de Felice y Augusto del Noce, mientras que Ian Kershaw, Richard Evans, Martin Broszat y Robert Paxton son tratado sumariamente o directamente obviados<sup>6</sup>. En este sentido, tal vez sea más acertado pensar que la selección de Gottfried es abarcativa, pero un tanto arbitraria. Incluso se podría vislumbrar una cierta tendenciosidad, impresión reforzada por la inclusión de “revisionistas” como Rainer Zitelmann<sup>7</sup> y el controversial Pío Moa Rodríguez<sup>8</sup>, así como por la omisión de lecturas clásicas de las izquierdas como la del comunista búlgaro Georgi Dimitrov<sup>9</sup>, las agudas réplicas que a este realizó Harold Laski<sup>10</sup> o la interpretación de Nicos Poulantzas del fascismo como “forma específica del Estado de excepción”, netamente diferenciada de otras formas del Estado capitalista<sup>11</sup>. Asimismo, mientras las aproximaciones “psicologistas” de la Escuela de Frankfurt son un blanco predilecto de las

- 
- 5 Algunos trabajos de estos autores sobre la temática: Guerri, Giordano: *Fascisti. Gli italiani di Mussolini, il regime degli italiani*, Milán, Mondadori, 1995; Milza, Pierre: *Les Fascismes*, París, Seuil, 1991; Taguieff, Pierre-André: *La Force du Prejugé. Essai sur le racisme et ses doubles*, París, Gallimard, 1988; Traverso, Enzo: *El Totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, Eudeba, 2010 [orig. italiano 2002].
- 6 Broszat, Martin: *German National Socialism, 1919-1945*, Santa Barbara, CL, Clio Press, 1966 [orig. alemán, 1960]; Evans, Richard: *The Coming of the Third Reich*, Londres, Allen Lane, 2003 y *The Third Reich in Power, 1933-1939*, Nueva York, Penguin, 2005; Kershaw, Ian: *La Dictadura Nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004 [orig. inglés 1985] y Paxton, Robert O.: *Anatomía del Fascismo*, Barcelona, Península, 2005 [orig. inglés 2004].
- 7 Zitelmann, Rainer: *Hitler. The Politics of Seduction*, Londres, London House, 2000 [orig. alemán 1987].
- 8 Moa Rodríguez, Pío: *Los Orígenes de la Guerra Civil española*, Madrid, Encuentro, 1999 y *Los Mitos de la Guerra Civil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003.
- 9 Dimitrov, Georgi: “La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo”, disponible en <https://www.marxists.org/espanol/dimitrov/1935.htm> (revisado el 16/11/2017).
- 10 Laski, Harold: *Reflections on the Revolution of our Time*, Nueva York, Viking Press, 1943.
- 11 Poulantzas, Nicos: *Fascismo y Dictadura. La III Internacional frente al fascismo*, México, Siglo XXI, 1971 [orig. francés 1970].

críticas de Gottfried, ninguna referencia puede hallarse a la vinculación entre la represión de los deseos individuales y el anhelo en las masas de una autoridad fuerte establecida por Gilles Deleuze y Félix Guattari en su manifiesto anti-psicoanalítico *El Anti-Edipo*<sup>12</sup>.

Quizás los motivos detrás de esta selección puedan comprenderse mejor a la luz de la trayectoria del autor. Egresado de la Universidad de Yale, donde fue alumno entre otros de Herbert Marcuse, Gottfried es un historiador intelectual que se ha volcado hacia la reflexión política, enfocándose en cuestiones como el derrotero de los movimientos conservadores europeos y estadounidenses<sup>13</sup>, las derivas de la democracia liberal y el marxismo tras la caída del Muro de Berlín<sup>14</sup> y el pensamiento de Carl Schmitt y Leo Strauss<sup>15</sup>. Estas pesquisas académicas no habrían sido ajenas a la preocupación por la vida política norteamericana, en tanto Gottfried se ha mostrado como un detractor abierto del igualitarismo social y del omnipresente e hipertrófico “Estado niñera”, “males” que ha achacado al liberalismo, el progresismo y las izquierdas. No obstante, este intelectual ha arremetido también contra el materialismo cultural, el individualismo a ultranza y la “diplomacia de halcón” que ha identificado con los neoconservadores que dominarían el Partido Republicano<sup>16</sup>. Frente a estas corrientes, este historiador se reivindica como un “paleo-conservador”, partidario de un “tradicional conservadurismo estadounidense” basado en un gobierno limitado y descentralizado, una identidad nacional y cultural fuerte y la preeminencia de la comunidad por sobre el sujeto. Lejos de quedarse en su despacho, Gottfried llegó a ser uno de los asesores de la campaña de Pat Buchanan por la nominación republicana en 1992, pero el fracaso frente a George H.W. Bush habría barrido con toda aspiración del profesor universitario por tener alguna injerencia en el

---

12 Deleuze, Gilles y Guattari, Félix: *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós, 1985 [orig. francés 1972].

13 *The Conservative Movement*, Nueva York, Twayne Pub, 1988; *Conservatism in America. Making sense of the American Right*, Londres, Palgrave-Macmillan, 2007.

14 *After Liberalism. Mass democracy in the Managerial State*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2001; *The Strange Death of Marxism. The European Left in the New Millenium*, Columbia, MO, University of Missouri Press, 2005.

15 *Carl Schmitt. Politics and theory*, Westport, CT, Greenwood Press, 1990; *Leo Strauss and the American Conservative Movement*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012.

16 Un minucioso e incisivo artículo sobre esta figura es Siegel, Jacob: “The alt-right’s godfather”, en *Tablet*, 29/11/2016, disponible en <http://www.tabletmag.com/jewish-news-and-politics/218712/spencer-gottfried-alt-right> (revisado el 16/11/2017).

gobierno. La gélida recepción que su prédica “ur-conservadora” tuvo en el resto del *Grand Old Party* hizo que este académico se sintiera como poco más que un marginal, por lo que se enfocó en la docencia, la investigación y la escritura. Fruto de estos esfuerzos fue la creación del Club H.L. Mencken<sup>17</sup>, una autodenominada “sociedad para la derecha independiente” que Gottfried preside y que ha sostenido posturas cercanas al nacionalismo blanco y el racismo biológico, así como una visión elitista de la sociedad.

Estas ideas, un tanto difíciles de digerir (o admitir) para el *mainstream* conservador, hallaron una audiencia mucho más receptiva entre las jóvenes generaciones que comenzaban a mostrarse escépticas frente a las políticas de las derechas “convencionales”. En efecto, la afinidad entre las ideas del antiguo profesor del Elizabethtown College y la denominada “alt-right” ha hecho que muchos buscaran relaciones entre ambos. Y la conexión no es descabellada: Gottfried habría mantenido vínculos intelectuales y personales con exponentes del movimiento como Richard B. Spencer, siendo incluso considerado como el padre de la expresión<sup>18</sup>. Sin embargo, la cuestión dista de ser sencilla, en tanto el autor de *Fascism* se ha lamentado de los extravíos ideológicos de esta corriente y de los excesos verbales de sus líderes<sup>19</sup>. Si bien podría percibirse un cierto orgullo por el eco inesperado que su actividad habría hallado, no debería verse en él a un polemista que, enclaustrado en su torre de marfil, se entretiene agitando a jóvenes radicalizados con sus escritos. Su meta, tanto en esta obra como en otros escritos, sería más bien la de clarificar el sentido de la “auténtica derecha” para crear así una plataforma que posibilite una crítica tanto de las izquierdas

---

17 Reconocido, influyente y polémico en su época, el periodista, escritor y estudioso de la lengua inglesa Henry Louis Mencken ha caído en un cierto ostracismo en parte a causa de sus perspectivas antidemocráticas, antirreligiosas y militaristas. La publicación de sus diarios privados, los cuales revelaron su antisemitismo, su racismo virulento y sus simpatías por el nazismo, deterioró todavía más su reputación. En este sentido, el uso de su nombre por parte del círculo de Gottfried podría ser visto como un desafío indirecto al discurso “políticamente correcto” asociado por ellos con la “izquierda esencial”. Sobre la multifacética carrera de Mencken, puede consultarse Rodgers, Mary Elizabeth: *Mencken. The American Iconoclast*, Oxford, Oxford University Press, 2007 y Teachout, Terry: *The Skeptic. A Life of H.L. Mencken*, Nueva York, Harper Perennial, 2003.

18 “The decline and rise of the Alternative Right” en *Taki's Magazine*, 1/12/2008, disponible en [http://takimag.com/article/the\\_decline\\_and\\_rise\\_of\\_the\\_alternative\\_right/print#axzz4xxnTdmYp](http://takimag.com/article/the_decline_and_rise_of_the_alternative_right/print#axzz4xxnTdmYp) (revisado el 16/11/2017). El artículo es una transcripción de la conferencia brindada por Gottfried en la reunión anual del Club H.L. Mencken realizada en noviembre de 2008.

19 “Some observations from the man who created the alt-right” en *Frontpage Magazine*, 30/08/2016, disponible en <http://www.frontpagemag.com/fpm/263988/some-observations-man-who-created-alt-right-paul-gottfried> (revisado el 16/11/2017).

como de las “herejías derechistas”, que incluirían a fascistas y neoconservadores. De seguro, el improbable objetivo de máxima de esta operación sería erigir al “paleo-conservadurismo” en única doctrina viable para los EE.UU., siendo Gottfried uno de sus principales oráculos. Pero, si se deja de lado este ambicioso anhelo, podría hallarse uno de los principales atractivos del libro: en un área temática donde abundan los análisis provenientes del liberalismo y el marxismo, un abordaje que se reconoce conservador puede resultar, paradójicamente, renovador. Pero también podría encontrarse uno de los flancos más débiles, en tanto la orientación del autor lo hace caer en parcialidades inocultables. Por ejemplo, mientras ironiza en reiteradas ocasiones sobre el tratamiento diferencial de los crímenes realizados por el fascismo y el comunismo, supuestamente favorable y permisivo siempre con este último, ignora completamente fenómenos que apuntan en un sentido contrario, como la perdurable presencia de las derechas en la literatura francesa<sup>20</sup> o la innegable lenidad mostrada por las autoridades italianas frente a los neofascistas durante los “años de plomo”<sup>21</sup>.

El libro se divide en siete capítulos, cada uno dedicado a una problemática específica, a los cuales siguen dos escuetos apéndices. El ordenamiento no es estricto, en tanto algunas temáticas tienden a aparecer en varios apartados, mientras los títulos de algunas secciones poco tienen que ver con el contenido de las mismas. En este sentido, más que prestar atención al índice de la obra, tal vez sea apropiado recuperar los interrogantes centrales que el libro plantea y cómo los resuelve. Uno de ellos es si el fascismo tiene ideas propias que conformen una especie de sistema o visión del mundo o si, por el contrario, es simplemente una “reacción imitativa de la izquierda” elaborada a partir de componentes conceptuales y simbólicos ajenos. Para Gottfried, el principal exponente de este último punto de vista sería Nolte, a quienes podrían agregarse Norberto Bobbio, quien negaba la existencia de una cultura o de intelectuales verdaderamente fascistas<sup>22</sup>, o el propio Benedetto Croce, cuyo famoso diagnóstico del *Ventennio* como un “paréntesis” en el desarrollo

---

20 Compagnon, Antoine: *Los Antimodernos*, Barcelona, Acantilado, 2007 [orig. francés 2004]; Winock, Michel: *El Siglo de los Intelectuales*, Buenos Aires, Edhasa, 2010 [orig. francés 1997]. Un ejemplo reciente de esta tendencia puede hallarse en algunas de las obras de Michel Houellebecq, como *H.P. Lovecraft: Contra el Mundo, Contra la Vida* (Madrid, Siruela, 2006 [orig. francés 1991]) y *Las Partículas Elementales* (Barcelona, Anagrama, 2006 [orig. francés 2008]).

21 Ferraresi, Franco: *Threats to Democracy. The Radical Right in Italy after the War*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1996 [orig. italiano 1995].

22 Bobbio, Norberto: *Ensayos sobre el Fascismo*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2008.

histórico de la península podría interpretarse como una afirmación del carácter nihilista del régimen mussoliniano<sup>23</sup>. Antagónica sería la postura del veterano historiador A. James Gregor, quien ha subrayado en numerosas ocasiones que el fascismo tiene un cuerpo teórico tan complejo como el del socialismo, el republicanismo o cualquier otra “gran ideología”<sup>24</sup>. Si bien cargaría con notables incongruencias y contradicciones, por no mencionar una larga lista de crímenes, estos tampoco estarían ausentes en los antecedentes de liberales y comunistas. A este último parece aproximarse Gottfried, en tanto su libro se esfuerza por rescatar una amplia nómina de pensadores fascistas “destacados”, como el filósofo actualista Giovanni Gentile y el jerarca Giuseppe Bottai.

Ahora bien, ¿qué tipo de ideología habría esgrimido el fascismo? ¿Fue un movimiento modernizador o una cruzada reaccionaria? La respuesta para Gottfried no es unívoca, en tanto uno de los aspectos centrales del fascismo, así como uno de los más provocativos, sería su condición de “bricolaje” (p. 40). En este sentido, podrían hallarse en él innegables impulsos anti-modernos como el culto por la jerarquía, el corporativismo con sus veleidades neo-medievales o la nostalgia por la “vida sencilla” del campesino y el “hombre pequeño”. Pero el movimiento no habría buscado restaurar un orden tan idealizado como perimido, sino construir uno nuevo con las herramientas que le ofrecía el mundo contemporáneo: de ahí la aspiración de regimentar la sociedad a través del Estado, el partido y sus organizaciones, la recopilación y el uso de estadísticas, el lanzamiento de programas de industrialización y los intentos de planificar la economía. ¿Podría hablarse entonces, buscando una síntesis superadora, de “modernismo reaccionario”, como hiciera Jeffrey Herf para el caso alemán?<sup>25</sup> En parte sí, aunque Gottfried circunscribe esta corriente a los medios literarios e intelectuales de Weimar. En el plano de la política no habría predominado el “romanticismo de acero” sino, parafraseando la observación de

---

23 Croce, Benedetto: *Scritti e Discorsi Politici (1943-1947)*, Roma, Bibliopolis, 1993. La idea del paréntesis, complementaria de la concepción del fascismo como “enfermedad moral”, habría sido introducida por Croce en un artículo aparecido en el *New York Times*: “The Fascist germ still lives”, 7/11/1943, disponible en <http://query.nytimes.com/gst/abstract.html?res=9C05E5DC1E3CEE3BBC4051DFB7678388659EDE> (revisado el 17/11/2017). Sobre las principales líneas interpretativas del fascismo, ver Bobbio, Norberto: “Fascismo y antifascismo” en *Ensayos...*, pp. 75-87.

24 Gregor, A. James: *The Ideology of Fascism. The Rationale of Totalitarianism*, Nueva York, Free Press, 1969 y *Mussolini's Intellectuals. Fascist Social and Political Thought*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2005.

25 Herf, Jeffrey: *El Modernismo Reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994 [orig. inglés 1984].



Eric Hobsbawm sobre el rol del comunismo soviético en los países en vías de desarrollo, la visión del fascismo como una senda para el avance de sociedades que encontraban serios obstáculos para su expansión material<sup>26</sup>. No debería hablarse aquí de modernidades “desviadas” o “fallidas”, sino más bien de experiencias que mostrarían los límites de esquemas un tanto unilineales que presentan el derrotero de las naciones angloparlantes (o una versión esquemática de los mismos) como el único posible (y deseable).

Esta problemática sería una de las más caras a los ojos del autor, en tanto es retomada en uno de los apéndices dedicado al carácter supuestamente revolucionario del nazismo. Una vez más contra Nolte, y siguiendo los planteos expuestos en un libro editado conjuntamente por Rainer Zitelmann y Michael Prinz<sup>27</sup>, Gottfried argumenta que Adolf Hitler y otros jerarcas del nazismo se veían a sí mismos como revolucionarios, volcados hacia la organización científica y el progreso de la sociedad germana. El embate habría sido irrefrenable, modificando las instituciones existentes, alterando la relación del Estado con la religión, estableciendo difíciles vínculos con las antiguas elites y rompiendo con el pasado nacional. Síntoma de este afán modernizador sería el atractivo populista del NSDAP, más cercano a la contemporánea política de partidos que a los vetustos agrupamientos del Segundo Imperio. Por si esto no bastara para avivar la polémica, en la obra de Prinz y Zitelmann se asevera también que no pocas prácticas introducidas por el nazismo habrían perdurado en la República Federal Alemana, la cual habría debido más a ese brutal régimen de lo que le habría gustado aceptar. Aún más, toda modernidad tendría para ellos un componente de brutalidad y totalitarismo, por lo cual la condena del fascismo y el nazismo debería en última instancia ser puesta en perspectiva y relativizada. Para Gottfried este último punto resulta excesivo, en tanto los procesos de modernización bien pueden ser totalitarios pero no conllevan necesariamente el asesinato de millones de personas ni la instalación de un masivo dispositivo concentracionario. Si bien concede que el Tercer Reich tenía innegables componentes radicales, apunta que ignorar los elementos reaccionarios del fenómeno es tan desacertado como centrarse únicamente en ellos. Por esta razón, llama a no perder de vista las ideas de *Blut und Boden* enarbo-

---

26 Hobsbawm, Eric: *Historia del Siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 2008 [orig. inglés 1994], pp. 84-85.

27 Prinz, Michael y Zitelmann, Rainer (eds.): *Nationalsozialismus und Modernisierung*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1994.

ladas entre otros por Walther Darré, las inquietudes esotéricas de Heinrich Himmler o las teorías sobre la historias expuestas por Alfred Rosenberg en *El Mito del Siglo XX*.

Pero, ¿cuál habría sido el sentido de esta “vía fascista a la modernidad”? En otras palabras, ¿cuál era la visión del futuro que tenían estos regímenes? Ninguna, según Nolte, para quien el pesimismo antropológico y la *Weltanschauung* guerrera y sacrificial habrían bloqueado toda noción coherente del porvenir. Contrario fue el planteo del historiador francés François Furet, quien en polémica con su colega germano sostuvo que los fascismos no sólo habrían proyectado imágenes de un futuro venturoso, sino que éstas habrían sido capaces de movilizar, como un mito soreliano, a las masas y las juventudes. Desde ya, esa utopía habría sido muy distinta a la planteada por otras ideologías. A diferencia de los contrarrevolucionarios decimonónicos, quienes según Karl Mannheim habrían configurado una “contra-utopía romántico-conservadora”, los fascistas no idealizaron una edad dorada pretérita ni pugnaron por restaurar un ordenamiento perimido<sup>28</sup>. Frente al progreso indefinido a través de la ciencia y el comercio soñado por algunos liberales, las derechas radicales reivindicaron el conflicto en tanto fenómeno tan recurrente como inevitable, fuera por motivos biológicos o culturales. Y si el marxismo veía un ascenso del “Reino de la Necesidad” al de la “Libertad”, jalonado por la lucha de clases, los fascistas se pronunciaron a favor de la colaboración entre grupos sociales, usualmente en el marco de corporaciones auspiciadas por el Estado, y sostuvieron que el sujeto colectivo que protagonizaba la Historia eran las naciones. Quizás más profunda que estas objeciones particulares sea el rechazo de lo particular y lo homogéneo observado por Gottfried: como los contrarrevolucionarios del siglo XIX, el fascismo habría enfatizado, frente al universalismo de ilustrados y socialistas, los particularismos nacionales y culturales, de forma generalmente exacerbada. En este sentido, para el autor un mundo globalizado e integrado no estaba contemplado dentro del “futurismo fascista”, aunque no se pronuncia sobre si la Europa que anhelaban estaba conformada por Estados-nacionales o si se aproximaría más al “Nuevo Orden” erigido brevemente por el Tercer Reich<sup>29</sup>.

---

28 Mannheim, Karl: *Ideology and Utopia*, Londres, Routledge, 1998 [orig. alemán 1929], pp. 206-214.

29 El libro más exhaustivo sobre esta temática es Mazower, Mark: *Hitler's Europe. How the Nazis Ruled Europe*, Nueva York, Penguin Press, 2008.

De cualquier manera, ese porvenir habría quedado completamente descartado con la estrepitosa derrota sufrida en 1945 y la revelación de atrocidades inéditas. Debacle militar y moral a la que habría que agregar una inocultable obsolescencia: surgido en el Viejo Continente durante las Entreguerras, poco tenía que decirle el fascismo a sociedades en las cuales la planificación, la industrialización y el Estado de Bienestar se estaban convirtiendo en la norma. Por ende, Gottfried asevera que dicha ideología puede haber tenido una visión de futuro, pero esta se encontraría irremediabilmente atrapada en el pasado. Sus crímenes, su prédica violenta, sus convicciones antidemocráticas y una falta de renovación interna habrían sido alguno de los factores que hicieron que esta corriente se volviera poco más que una pieza de museo durante la posguerra. De seguro, extensas cohortes de neofascistas y neonazis han surgido en todo el mundo, reivindicando las experiencias italiana y alemana. Pero, recuperando quizás un argumento de Gregor, el autor sostiene que aún quienes se consideran ortodoxos seguidores de Hitler y Mussolini presentan rasgos que los distinguen profundamente de los modelos en los que se inspiran. En otras palabras, el neofascismo sería un fenómeno muy distinto del “fascismo clásico”, por lo que el término sería en última instancia engañoso<sup>30</sup>.

Si el particularismo en sus diversas formas era central para esta ideología, ¿entonces era el internacionalismo una alternativa totalmente inviable? El libro sugiere que sí. Ciertamente, los casos de intelectuales y publicistas convencidos de la necesidad de una unión de las derechas radicales, de escala continental o acaso mundial, no habrían sido inexistentes. Un ejemplo relevado es el del periodista Asvero Gravelli, quien desde su revista *Antieuropa* reunió a un heterogéneo grupo de jóvenes quienes compartían la exigencia al régimen de emprender una “segunda revolución”. Esta debía contemplar ante todo la construcción de un universalismo fascista que hiciera frente a la Tercera Internacional y diera por tierra con la “vieja Europa burguesa y democrática”. Otro sería el atormentado escritor francés Pierre Drieu la Rochelle, quien delineó en su voluminosa novela *Gilles* los contornos de una cruzada fascista para salvar a Europa y sus tradiciones de las garras de la democracia, el materialismo y los judíos. Si la Iglesia

---

30 Gregor, A. James: *The Search for Neofascism. The Use and Abuse of Social Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 17-28.

católica no colaboraba con esta revolución, peor para ella<sup>31</sup>. No obstante, el historiador se apoya en las investigaciones de Beate Scholz para afirmar que, al menos en el caso italiano, las campañas para “exportar” el fascismo fueron emprendidas de forma oportunista y errática<sup>32</sup>. El accidentado derrotero de la Legión del Arcángel Miguel y la Guardia de Hierro en Rumania, o las derivas de Sir Oswald Mosley y su British Union of Fascists, que a pesar de ser financiada por el régimen de Mussolini se volvió poco más que una curiosidad del panorama político británico, mostraría que los límites para esa expansión venían tanto del desinterés de los italianos como de los obstáculos con que sus ideas se topaban en otras latitudes<sup>33</sup>. Aunque este diagnóstico está bien fundamentado y puede ser acertado, no debería obviarse que omite toda una corriente de estudios que ha enfatizado, a contracorriente, el carácter transnacional del fascismo<sup>34</sup>. Y, como se señaló, también ignora las políticas desplegadas por el nacionalsocialismo durante su efímero dominio de Europa, o la apelación a voluntarios de todo el mundo para luchar contra el comunismo en España primero y en la Unión Soviética después.

Otra de las inquietudes que recorre el libro es la propiedad de los diversos marcos teóricos y categorías que han sido utilizados para analizar el fascismo. Quizás una de las etiquetas más aplicadas haya sido la de “derecha”, la cual lejos de simplificar la cuestión abre un doble problema: primero, qué debería entenderse por esta noción y, segundo, qué tanto se ajustaría esta al fenómeno que se pretende estudiar. Tras aseverar que conceptos como “derecha” e “izquierda” tienen un componente esencialista (p. 152), Gottfried señala que el fascismo adscribe claramente a la

---

31 Sobre Drieu la Rochelle y su obra de 1942, puede revisarse Winock, *op. cit.*, pp. 501-513.

32 Scholz, Beate: “Italienischer Faschismus als Export-Artikel (1927-1935). Ideologische und organisatorische Ansätze zur Verbreitung des Faschismus im Ausland”, Disertación doctoral, Universidad de Tréveris, 2001.

33 La noción de “Europa Latina”, considerada por Gottfried como el ámbito geográfico y cultural específico de los fascismos, resulta uno de los puntos más problemáticos del libro en tanto nunca se aclara en qué consistiría esa latinidad. ¿Es una cuestión histórica, que engloba a los territorios que conformaron el Imperio Romano de Occidente? ¿Se basa en un criterio lingüístico? ¿O engloba a aquellos que, más o menos imaginariamente, se identifican con la antigua “civilización clásica”? Resulta difícil elucidarlo, en tanto para el autor surgieron fascismos en países que sin mucho esfuerzo se podría calificar de “latinos”, como Italia y España, pero también otros donde la asociación se vuelve bastante más forzada, como Croacia con la Ustacha o Hungría con el Partido de la Cruz Flechada.

34 Antonini, Francesa y Steffek, Jens: “Towards Eurafrika! Fascism, Corporativism and Italy's Colonial Expansion”, en Hall, Ian (ed.): *Radicals and Reactionaries in Twentieth-Century International Thought*, Londres, Palgrave Macmillan, 2015, pp. 145-169; Finchelstein, Federico: *Fascismo Transatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010; Ledeen, Michael A.: *Universal Fascism. The Theory and Practice of the Fascist International, 1928-1936*, Nueva York, St. Martin's Press, 1972.

primera por su preferencia de la jerarquía por sobre la igualdad y lo particular por sobre lo general y universal<sup>35</sup>. Ahora bien, no todo movimiento de derecha sería fascista, lo cual obliga al autor a desmenuzar categorías y adentrarse en los matices. Desde ya, el espectro de las derechas consideradas “liberales” debería ser descartado, en tanto han manifestado desde las Entreguerras un abierto repudio por el estatismo, la planificación de la producción y el autoritarismo del régimen de Mussolini y sus seguidores. Asimismo, si todo fascismo tiene un componente nacionalista, no todo patriotismo sería fascista ya que este, sobre todo en su versión “cívica” o “abierta”, no tendría mayores incompatibilidades con una religión civil de carácter democrático, por no decir que ha sido uno de sus fundamentos principales en numerosos Estados<sup>36</sup>.

Esto último no quita que el chauvinismo haya estado ligado al ascenso de gobiernos autoritarios que mostraron un innegable aire de familia con los fascismos. No obstante, Gottfried se muestra totalmente en desacuerdo con llamar de esa manera a toda dictadura y populismo de Asia, África o América Latina. De seguro, el antiparlamentarismo, el corporativismo, la visión mística de la nación y el militarismo acercaban a las juntas y los señores de la guerra al *Duce* y al *Führer*. Es más: unos y otros habrían cimentado su poder excluyendo a las ramas más radicales de sus movimientos al tiempo que establecían compromisos, más o menos tensos, con las elites económicas, políticas y culturales ya existentes. Pero, en última instancia, existirían diferencias sustantivas, como el hecho de que estas dictaduras “tradicionales” no quisieron llevar a cabo una transformación ni tan profunda ni tan acelerada de la sociedad como los líderes centroeuropeos a los que generalmente admiraban. Esto explicaría por qué muchas de ellas lograron perdurar, incluso por décadas, en lugar de verse envueltas en entrópicos procesos de radicalización.

¿Era este nihilismo el destino ineluctable de todo fascismo, o existía acaso una posibilidad de normalización y rutinización weberiana? El historiador considera que ambos cursos de desa-

---

35 Resulta curioso que las ideas que este autor ve como “pilares” de la derecha sean similares a las esbozadas por Norberto Bobbio, quien no obstante consideraba que estas categorías eran topológicas antes que ontológicas. Ver *Derecha e Izquierda*, Buenos Aires, Taurus, 2014 [orig. italiano 1994], pp. 55-67.

36 En este punto, Gottfried se muestra crítico con la ecuación “religión política = fascismo” que, según cree, habría sido defendida por George Mosse y su continuador Emilio Gentile. Ver Mosse, George L.: *La Nacionalización de las Masas. Symbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*, Buenos Aires, Marcial Pons-Siglo XXI, 2007 [orig. inglés 1975] y Gentile, Emilio: *El Culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007 [orig. italiano 1993].

rrollo eran posibles, y para distinguirlos introduce una diferenciación entre “fascismos clericales” y “radicales”. Los primeros estarían íntimamente relacionados con el cristianismo en términos ideológicos y con la Iglesia en el plano político, como su nombre indica, pero también habrían tendido puentes con otras instituciones tradicionales. Antes que impugnar jerarquías, habrían buscado restaurarlas, lo cual explicaría su rechazo de la violencia callejera y su oposición a los partidos-milicia. Estas influencias explicarían por qué, tras unos flirteos iniciales con el totalitarismo, el *Estado Novo* de António Oliveira de Salazar y la España de Franco habrían adquirido los contornos de autoritarismo más “convencionales”. Gottfried incluso no descarta que, de no haber sido asesinado Engelbert Dollfuss por simpatizantes nazis, Austria habría seguido un camino parecido en los 1930. El “fascismo radical”, por otra parte, habría tenido un carácter mucho más transgresor y rupturista. Si bien no habría sido extraño al catolicismo y el espiritualismo, como podría verse en la ya mencionada Legión liderada por Corneliu Codreanu, sus formas de organización, sus estrategias y sus programas los hicieron entrar en colisión con los regímenes existentes, si es que no planeaban su derrocamiento desde el vamos. Estos conflictos podían desembocar con una confrontación abierta, como en el caso rumano, o en la colaboración: si la extrema violencia de la Ustacha croata y el Partido de la Cruz Flechada húngaro podían escandalizar a las elites, su eficacia contra cualquier adversario político era innegable. En otras palabras, el antisemitismo habría sido un precio bajo a pagar por la represión del comunismo. Aún más allá de estos “radicales” se encontraría para Gottfried el nazismo, cuyo antisemitismo exterminacionista, racismo extremo y ambicioso programa para transformar Alemania marcarían una ruptura de nivel respecto de los demás autoritarismos europeos.

El fascismo, como se señaló previamente, no debería ser confundido con otra vertiente de las derechas identificada con los pensadores contrarrevolucionarios o, en como el libro los denomina, “conservadores auténticos”. En efecto, estos miraron con recelo estas experiencias por el carácter plebeyo de sus dirigentes, por su claudicación frente a la política de masas y por el carácter opresivo de sus gobiernos, contrarios a las “antiguas libertades” de los estamentos y las comunidades. En este punto, el autor no necesita extrapolar al siglo XX las opiniones de Joseph de Maistre, Louis de Bonald o Juan Donoso Cortés, sino que puede basarse en observadores directos de la Italia mussoliniana y el Tercer Reich como Erik von Kuehnelt-Leddihn o Ewald con Kleist-

Schmenzin. A menudo pasadas por alto, estas figuras se habrían encontrado entre las primeras en exponer lo que podría denominarse como “antifascismo de derecha”. En esta línea, el intento de analizar críticamente al fascismo “desde la Derecha” realizado por Julius Evola durante la posguerra sería menos una jugarreta del barón romano que una declaración de principios reaccionarios: al aceptar la modernidad en lugar de destruirla, este movimiento se habría comportado como un digno hijo de la Revolución Francesa<sup>37</sup>.

Ver al fascismo como un fenómeno de izquierda no habría sido el delirante extravío de conservadores a ultranza y tradicionalistas ortodoxos, sino que sería también una tesis celosamente defendida por respetables académicos. A la vanguardia de ellos se encontraría Gregor, quien en numerosas ocasiones ha puesto el acento en las aristas antimaterialistas, antiliberales y antiburguesas de esta ideología. De hecho, habrían sido publicistas de esta tendencia los primeros en hablar de “naciones proletarias”, estranguladas económicamente y condenadas al atraso por un bloque de potencias plutocráticas. En el plano práctico, el énfasis en la regimentación de la economía por parte del Estado y la planificación habría colocado a estas corrientes más cerca de la Unión Soviética que de las democracias occidentales. Sin embargo, para Gottfried esta comparación resulta forzada por al menos dos razones. Primero, porque pasa por alto el furibundo anticomunismo que, sin titubeos, podría ser considerado como un denominador común de los fascismos. Segundo, porque se centra en las declaraciones de intenciones y los manifiestos programáticos de estos regímenes sin prestar atención a cómo esos principios fueron aplicados. En este sentido, que la *Carta del Lavoro* de 1927 haya sido más un arreglo favorable a las patronales que una efectiva reforma corporativista no debería ser visto como un accidente.

También los conservadores norteamericanos vislumbraron en el fascismo un proceso con una orientación similar a la de socialistas y comunistas. Los críticos del *New Deal* equipararon las medidas de Franklin D. Roosevelt con los programas de Mussolini en tanto ambos habrían deseado instaurar un colectivo que eliminara las libertades individuales. El paralelo no resultaba del todo desacertado, en tanto los desarrollos ocurridos en Italia tras la Marcha sobre Roma fueron seguidos con atención del otro lado del Atlántico, influenciando incluso a muchos colaboradores

---

37 Evola, Julius: “Il fascismo visto dalla Destra”, en *Fascismo e Terzo Reich*, Roma, Mediterranee, 2001 [1964], pp. 31-35.

de la administración demócrata. La comparación continuó siendo moneda corriente tras la guerra, con el editor del *National Review* Frank Meyer afirmando que el fascismo y el comunismo eran unanimistas en tanto poseerían un antepasado común en Jean-Jacques Rousseau<sup>38</sup>. El argumento habría sobrevivido incluso al advenimiento del neoconservadurismo en los años 70 y 80, el cual aplicó la etiqueta a políticas “liberales” como el asistencialismo y la intervención estatal. En tanto esas medidas tendían a coartar las libertades individuales, funcionaban como pavimento del camino a la servidumbre. Gottfried rescata ejemplos tan recientes como el libro *Liberal Fascism* (2009), en el cual el comentarista Jonah Goldberg traza de manera obsesiva las similitudes entre Mussolini y demócratas como Bill Clinton y Barack Obama. Un caso contrario sería el de *American Fascists*, libro en el cual Chris Hedges aplica la categoría a grupos cristianos ultraconservador con escasas similitudes a los fascismos europeos<sup>39</sup>. Para el historiador, detrás de este (ab)uso del concepto no habría una finalidad analítica sino una intencionalidad polémica, es decir tratar peyorativamente a un adversario a través del recurso a una categoría negativa. En este sentido, la actitud de Goldberg y otros exponentes del pensamiento “neocon” representaría un exceso tanto o más grave que el de los “neomarxismos” que, desde las décadas finales del siglo XX, denominarían “fascista” a cualquier fenómeno que vean como ligeramente retrógrado.

Otra de las teorías más frecuentadas para interpretar el fascismo ha sido la del totalitarismo, surgida durante los años 30 pero desarrollada plenamente recién durante la Guerra Fría. En este sentido, Gottfried coincide plenamente con aquellos que encuentran en esta perspectiva un producto de época, un artefacto de propaganda diseñado por Occidente para traspasar los atributos de los regímenes derrotados en 1945 a la Unión Soviética. El totalitarismo no sería un fenómeno de derecha ni de izquierda, ya que podía manifestarse tanto en su faz nacionalsocialista como en la estalinista. En todo caso, se trataba de un desarrollo profundamente moderno, nutrido por nuevas formas de control e ingeniería social posibilitadas por el avance tecnológico. Los tota-

---

38 Esta idea probablemente haya sido tributaria de los planteos de politólogos como Jacob Talmon y George Sabine. Ver Sabine, George: “The Two Democratic Traditions”, en *The Philosophical Review*, Vol. 61, No. 4, 1952, pp. 463-464 y Talmon, Jacob: *The Origins of Totalitarian Democracy*, Londres, Secker and Warburg, 1955. En defensa del filósofo ginebrino se ha pronunciado, entre otros, Bobbio. Ver, por ejemplo, *Liberalismo y Democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012 [orig. italiano 1985], pp. 9-10.

39 Hedges, Chris: *American Fascists. The Christian Right and the War on America*, Nueva York, Free Press, 2008.



litarismos serían el síntoma de la crisis de un sistema de clases, y habrían funcionado al mismo tiempo como sus verdugos. Luego, habrían erigido desde el Estado un omnipresente aparato de propaganda y represión encargado de mantener el orden interno y moldear a la población de la cuna a la tumba en los parámetros de la ideología dominante. Desde luego, esta corriente interpretativa no constituía un monolito, conociendo variaciones entre las visiones de Carl Friedrich y Zbigniew Brzezinski, Jeremy Burnham y Hannah Arendt, vista por el autor de *Fascism* como una *primus inter pares* en este campo. En cualquier caso, Gottfried comparte muchas de las críticas realizadas a lo largo de las décadas<sup>40</sup>. Entre ellas, destaca la visión peyorativa que esta corriente suele tener del caso italiano, siendo la filósofa alemana un claro exponente<sup>41</sup>. En efecto, la experiencia mussoliniana tendría escasas diferencias con una dictadura tradicional, lo cual evidenciaría para el autor el desconocimiento o la incomprensión de lo ocurrido. De todas maneras, considerar que el fascismo italiano fue totalitario, tal cual ha hecho Emilio Gentile<sup>42</sup>, también sería problemático, por lo que Gottfried propone descartar la categoría completamente.

Uno de los mayores déficits del libro quizás sea que, en esta densa crítica de categorías utilizadas para interpretar el fascismo, la de populismo esté virtualmente ausente. Sobre todo cuando, como ha mostrado el provocativo ensayo de Chantal Delsol, el uso de este concepto ha estado a la orden del día en el debate político europeo reciente o cuando algunos de los medios más prestigiosos de los Estados Unidos se han preguntado seriamente si Donald Trump era fascista y/o populista.<sup>43</sup> Provieniendo de un lector tan suspicaz como Gottfried, la omisión parece ser menos un

---

40 Un buen resumen de las mismas puede hallarse en Traverso, *op. cit.*

41 Arendt, Hannah: *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Harcourt, Brace & Company, 1979 [1951], pp. 256-257.

42 Gentile, Emilio: *La Vía Italiana al Totalitarismo. Partido y Estado en el régimen fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005 [orig. italiano 2001].

43 Algunos artículos recientes que han abordado esta pregunta son Friedman, Uri: "What is a Populist? And is Donald Trump one?", en *The Atlantic*, 27/2/2017, disponible en <https://www.theatlantic.com/international/archive/2017/02/what-is-populist-trump/516525/> (revisado el 1/12/2017); de Grazia, Victoria: "Many call Trump a Fascist. 100 Days in, is he just a reactionary Republican?" en *The Guardian*, 30/4/2017, disponible en <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/apr/30/donald-trump-fascist-republican-100-days> (revisado el 1/12/2017); McNeill, John: "How Fascist is Donald Trump? There's actually a formula for that" en *The Washington Post*, 21/10/2016, disponible en <https://www.washingtonpost.com/posteverything/wp/2016/10/21/how-fascist-is-donald-trump-theres-actually-a-formula-for-that/> (revisado el 1/12/2017) y Shrum, Robert: "Donald Trump is not a Populist" en *Politico Magazine*, 29/8/2017, disponible en <https://www.politico.com/magazine/story/2017/08/29/donald-trump-not-a-populist-215552> (revisado el 1/12/2017).

olvido que un desvío deliberado para no tratar una cuestión espinosa. Algo que podría atribuirse, tal vez, a que la política de masas (y hacia las masas) sería la manzana de la discordia que dividiría a los paleo-conservadores de la *alt-right* y buena parte del electorado de Trump.

A modo de cierre, ¿qué sentido tendría estudiar una “revolución de derecha” que ha fracasado y cuyos estandartes resultan arcaicos? ¿Por qué ahondar en un concepto que se encuentra en el “tacho de basura de la Historia” desde mucho antes que el comunismo? ¿Para qué acercarse a una ideología cuya resurrección, más allá de preocupantes resultados electorales, resulta sumamente difícil? Gottfried responde a estos reparos que el término todavía tiene una función que cumplir. Tras el derrumbe de la Unión Soviética, la cruzada lanzada contra el comunismo internacional tuvo que buscar un nuevo enemigo. Los atributos que el fascismo le había dado al socialismo realmente existente perdieron su recipiente y debieron buscar una nueva encarnación. Los avatares que asumió fueron diversos, desde el “Islamofascismo” denunciado en *Al-Qaeda* y el Estado Islámico hasta el “ruso-fascismo” auspiciado por Vladimir Putin desde el Kremlin. Como el señor Valdemar de Edgar Allan Poe, el fascismo sería un cadáver que no muere. De ahí que el revisionismo se vuelva algo tan posible como necesario, en tanto una consideración cuidadosa de los antecedentes históricos y los recorridos teóricos se vuelve fundamental para que el término no termine siendo usado para todo sin referirse a nada. Pero, ¿es esto solamente un ejercicio intelectual? Ciertamente, no lo es en el caso de Gottfried, quien parece utilizar a los regímenes autoritarios de la Europa de Entreguerras como matriz a partir de la cual determinar lo que una derecha “esencial” y “auténtica” debería hacer. ¿Por qué no pensar también que el estudio del fascismo pueda servir a la formación de una izquierda despojada de esquematismos y facilismos?